

# Pasión en Marrakech

Mar Montilla



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

#pasionenmarrakech

**Colección:** Tombooktu Erótica  
[www.erotica.tombooktu.com](http://www.erotica.tombooktu.com)  
[www.tombooktu.com](http://www.tombooktu.com)

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)  
Si eres escritor contacta con Tombooktu:  
[www.facebook.com/editortombooktu](http://www.facebook.com/editortombooktu)

**Título:** *Pasión en Marrakech*  
**Autor:** © Mar Montilla

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez  
**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez  
**Maquetación:** Emiliano Molina ([www.cuadratin.es](http://www.cuadratin.es))  
**Diseño de cubierta:** eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:  
© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.  
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN Papel:** 978-84-15747-38-3  
**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-9967-547-3  
**ISBN Digital:** 978-84-9967-548-0  
**Fecha de publicación:** octubre 2013

Impreso en España  
**Imprime:** Servicepoint  
**Depósito legal:** M-22683-2013

*A mi hijo Christian, por iluminar mis noches y mis días con sus enormes  
ojazos, su seductora sonrisa y esa arrolladora locuacidad.*

*A mis padres, Plácido y Ana, porque pude contar con ellos cuantas veces lo  
necesité, y porque siempre están ahí. Además de ser unos abnegados abuelos.*

*A mi hermana Anita, por su afecto incondicional y desmedido, por ser la  
Súper Tata a la que su sobrino adora. . . y por el diccionario de sinónimos.*

*A mi marido, Zuhair, por aportar algo de serenidad y equilibrio a mi atolon-  
drado espíritu. Por escucharme, por entenderme, por su apoyo constante. Por creer  
en mí. . . antes que yo misma.*

## PRÓLOGO

Los todoterrenos empezaron a hacer su aparición frente al hotel en medio de un gran alboroto. Rugiendo, derrapando. Los intrépidos conductores competían entre sí, empeñados en demostrar su audacia al volante, levantando a su paso tanta expectación como polvareda. En cuanto se apearon de sus respectivos vehículos, me dejé embargar por una emoción extraña, casi pueril. Eran jóvenes, en su mayoría, y había algunos muy atractivos. Sus atuendos se asemejaban bastante al del guía número uno, tipo explorador, como de camuflaje, con chaleco de numerosos bolsillos. Lo más llamativo, sin embargo, eran sus turbantes. Ese detalle les infería un toque exótico irresistible.

Fui la primera en lanzarme. Y puesta a ser atrevida me dirigí al que me pareció más guapo y cachas de los guías presentes.

—*Salam aleikum* —proferí, educada.

—*Aleikum salam* —respondió, bajando la cabeza. No era tan moreno como los guías anteriores. Su piel era café con leche, con más leche que café. El turbante enmarcaba un rostro cuadrado, de mandíbula pronunciada, y labios muy gruesos. Los ojos, almendrados, rodeados de largas y espesas pestañas, eran de un bellissimo color avellana verdoso. Entre el labio inferior y la barbilla se alojaba una sensual perilla que no hacía más que acentuar su belleza, resultando difícil desviar la mirada a otra parte. Ya había observado que un buen número de jóvenes marroquíes lucía ese mismo tipo de

perilla seductora. Con comedido disimulo diseccioné su anatomía de arriba abajo y calculé que no tendría más de veintitantos años. Él me examinó a mí sin el menor apuro. A través de la camisa y el chaleco se adivinaban sus importantes pectorales. No era mucho más alto que yo. Apoyado en uno de los vehículos, cruzado de brazos, con ese aire de seguridad que emanan quienes han repetido cientos de veces la misma hazaña, medio esbozó una sonrisa que dejó al descubierto una bonita dentadura.

—¿Podrías ponerme esto a modo de turbante? —Le hice entrega de un fular color malva. Adopté esa expresión de «mujer desvalida que precisa de la ayuda de un hombre», que a ellos tanto les gusta.

—¡Claro, por supuesto! —exclamó en un perfecto castellano, haciendo alarde de una amabilidad exquisita.

Sus mangas arremangadas exhibían unos imponentes bíceps. Tomó el fular con suma delicadeza y se acercó tanto a mí que su rostro y el mío casi chocaban. Se me aceleró el pulso. Me rodeó con sus brazos para colocar la parte central del pañuelo, doblado por la mitad, en mi nuca, cubriéndome la cabeza y llevando los extremos de la tela hasta mi frente. Inclina su pelvis hacia delante de tal manera que parecía inevitable el roce de nuestros cuerpos. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral desde las cervicales hasta la zona lumbar. Sujetó las puntas del fular y empezó a retorcerlas formando un torniquete justo encima de mis cejas. Después llevó uno de los extremos hacia atrás y lo remitió; lo mismo hizo con el segundo. Entonces soltó parte de la tela junto a sendas mejillas y me dijo que podía pasarla al otro lado por debajo de mis ojos, o por debajo de mi barbilla, dejando el rostro al descubierto. Elegí la segunda opción. Me temblaban las piernas.

—Voy a convertirme en tu sombra —murmuró junto a mi oído, antes de retirarse. Pude percibir la calidez de su aliento y un suave aroma a sudor masculino. Se me erizó la piel... y sentí que la vulva se me hacía agua.

# 1

La arena quemaba bajo mis pies desnudos. Un calor asfixiante anegaba el aire, absorbiendo hasta la última gota de oxígeno. Imposible respirar. La sensación era tan agobiante que temí desmayarme. Me pregunté dónde estaban mis sandalias. Podía intuir mi cerebro derritiéndose, mis neuronas fundiéndose una tras otra a merced del astro rey. Recordé, entonces, que las había depositado en el interior de la mochila, impulsada por el deseo de experimentar el placer de caminar descalza por el desierto. ¿Pero dónde estaba mi mochila? Notaba la garganta seca y me sentía desfallecer. Me detuve un instante y, con la mano en la frente, oteé el horizonte con la leve esperanza de atisbar algún indicio de vida humana, animal o vegetal, qué sé yo... Un oasis lleno de palmeras repletas de dátiles a rebosar, con un manantial que emanara agua limpia, transparente y fresca. Muy..., muy fresca y abundante. Exquisita, inagotable... agua. Qué preciado elemento y qué poca importancia le otorgamos, a menudo. Nada. Estaba perdida en medio de la nada. Sólo arena y más arena. Un infinito océano de arena a punto de devorarme sin piedad de un momento a otro.

El sol inició su descenso, amenazando con arrojarse tras las dunas, permitiendo que un manto de oscuridad cubriera mi incauto cuerpo, destinado a perecer sin remedio. ¿Cómo había llegado a esa situación? ¿Qué hacía vestida con un ridículo pantalón corto y una absurda camiseta de tirantes? Me ardían los hombros y las

mejillas, y también había perdido mi fular. Si no moría de una insolación, lo haría de frío al llegar la noche. Caí arrodillada, pidiendo al cielo clemencia. Y, cuando estaba a punto de abandonarme al llanto más puro y a la desesperación más absoluta, mis ojos vislumbraron a lo lejos lo que me pareció la figura de una persona montada sobre un animal. Corría hacia mí, aunque no podía asegurar su autenticidad. Tal vez se tratara de una alucinación, fruto de mi imaginación delirante. Aun así, un ápice de esperanza regresó a mi ánimo. Contemplé esa imagen paralizada. El intenso calor la hacía temblar, flotando en el aire, en la distancia. Diminuta al principio, observé que iba haciéndose cada vez más nítida, a medida que aumentaba de tamaño, hasta que pude distinguir con claridad y sin asomo de duda la silueta de un hombre a caballo. Ataviado de blanco de arriba abajo, sólo mostraba sus profundos ojos de azabache. El resto del rostro y del cuerpo permanecían ocultos bajo un turbante y varias capas de tela. Espada al cinto, postura erguida, actitud arrogante.

—Agua... —musité alzando las manos hacia él cuando estuvo lo bastante cerca. El desconocido se inclinó sobre mí y, en un increíble alarde de destreza, me alzó en volandas y me colocó a horcajadas sobre el lomo del animal, un elegante caballo negro de raza árabe. A pesar de la sed, una oleada de alivio sacudió mi cuerpo. Me sentí segura, protegida, a salvo. Sus fuertes brazos rodearon mi cintura desde atrás a la vez que con firmeza sujetaba las riendas. El caballo, brioso, elevó las patas delanteras relinchando. Presto a obedecer, aunque sin perder la dignidad, inició el galope. Mis pupilas pudieron contemplar con deleite la más hermosa puesta de sol que habían presenciado jamás. Quizá la primera a la que presté atención. Fue lo último que alcancé a ver, justo antes de desvanecerme.

—¡Agua! —Volví a suplicar al recobrar la consciencia, incorporándome bruscamente, sobresaltada. Tardé varios segundos en comprender que estaba en mi cálida cama, en mi lujoso apartamento, en mi cómoda vida. Tenía el rostro bañado en sudor y el camisón pegado al cuerpo. Pulsé el interruptor de la pequeña lámpara auxiliar, tomé el vaso que descansaba sobre la mesita de noche y saqué mi sed de un trago. El corazón bombeaba en mi pecho con

inusitada violencia, haciéndolo subir y bajar al compás de la agitada respiración. Qué extraña pesadilla... ¡Y qué real!

Me levanté y caminé descalza hacia la ventana. Podía percibir el ímpetu del otoño que, disfrazado de lluvia y viento, golpeaba los cristales con furiosa obstinación. Retiré la cortina y me quedé un tiempo indefinido observando el espectáculo. Un relámpago iluminó la habitación y me abracé, en actitud protectora, presagiando el impacto. Me gusta la lluvia, pero los truenos me asustan. Un rescoldo de la niñez, supongo. Recordé aquellas noches de tormenta en las que mamá cobijaba a sus polluelos junto a su regazo. Puedo decir que tuve una infancia feliz, pero no que disfrutara demasiado de mis padres, claro que siendo la octava de un total de trece hermanos, resulta comprensible.

Mi familia es de clase alta y muy católica. Forma parte de uno de los sectores más conservadores y estrictos del cristianismo, que incluye entre sus dogmas la prohibición del uso de anticonceptivos. Varias chicas del servicio doméstico se hacían cargo de nuestros cuidados y, aunque sus atenciones eran excelentes, siempre eché de menos una madre más cariñosa, más accesible, más pendiente de mí. Envidiaba a otras niñas que se consideraban menos afortunadas que yo, pobres en lo material, aunque millonarias en cuanto al afecto materno, justo aquello de lo que yo carecía. Y qué decir de mi padre, era un total desconocido. Al menos mamá acudía a nuestra llamada en las noches de tormenta. Penetraba con sigilo en la espaciosa habitación en la que dormíamos los más pequeños, colocaba una amplia colchoneta en medio del suelo, se echaba sobre ella y nosotros nos acurrucábamos contra su cuerpo, mientras nos susurraba palabras tranquilizadoras. Me sonreí. Adoraba aquellas veladas, que se repetían con frecuencia. Le rezaba cada noche al niño Jesús pidiendo que lloviera, que lloviera mucho. Y para unas criaturas cuya madre pasaba más tiempo en el gimnasio o en el salón de belleza, que con ellos, resultaba una suerte vivir en un lugar de clima tan lluvioso como San Sebastián.



Regresé a la cama sumida en estos pensamientos. Mi respiración había recuperado su ritmo habitual, relajado. Ahora tenía frío. Me acurruqué entre las sábanas y el edredón y me alegré de que me quedaran aún unas horas de descanso por delante. «Mañana será otro día», pensé, y me sumergí en un plácido sueño.

A la mañana siguiente tomé una decisión.

—Me voy a Marruecos, Arantxa —anuncié en cuanto llegué a la clínica, mientras me desprendía de la gabardina y me colocaba la bata—. ¿Cuántas tenemos a la espera?

—Tres. Y doña Elvira ha llamado para anular su cita de las doce. ¿Has dicho a Marruecos? ¿Estás segura?

Siempre pensé que si la clínica fuese una academia de danza, Arantxa sería mi pareja de baile ideal. Después de tantos años trabajando juntas habíamos aprendido a bailar en silencio y armonía. Nos entendíamos con la mirada y con ese extraordinario lenguaje de signos que, sin darnos cuenta, habíamos inventado día a día, año tras año. En mi clínica ejercían otros médicos y enfermeras, pero Arantxa era mía. No la compartía con nadie. Mis colegas sostenían que tenía suerte de haber encontrado a la ayudante perfecta, aunque, en mi opinión, era más una cuestión de mano izquierda. La trataba con afecto y ella me correspondía. Era capaz de ponerse en mi lugar tanto como yo en el suyo, nos comprendíamos, apoyábamos y respetábamos. Y si en alguna cuestión no estábamos de acuerdo nos lo comunicábamos de frente, cara a cara, en lugar de criticarnos la una a espaldas de la otra, como hacía el resto del personal. Arantxa era estupenda. Una mujer sencilla, encantadora, resolutive. Bajita y regordeta, simpática. No había tenido demasiada fortuna en la vida. Se había casado dos veces y ya se estaba planteando el segundo divorcio. Además, su hijo adolescente, fruto del primer matrimonio, era un vago, un inútil sin más aspiración que tumbarse en el sofá a mirar la tele.

—Totalmente segura. Hoy pasaré por la agencia y mañana te confirmaré las fechas exactas, para el tema de las citas. ¿Qué tenemos para empezar?

—María Blanca de Iborra, embarazada de dos meses, primera ecografía. ¿Y por qué a Marruecos?

—No sé cómo explicarlo, estoy percibiendo señales. Si veo un cartel publicitario es sobre Marruecos, si hojeo un catálogo de viajes ahí está. Hasta he soñado que estaba perdida en pleno desierto del Sahara y...

—Yo no me tomaría eso como una advertencia de que tienes que ir, sino más bien todo lo contrario —afirmó, con los brazos en jarras. Solía adoptar esa postura para expresar su disconformidad. Y lo hacía con tal firmeza que me descolocaba.

—¡Mujer, déjame terminar! Estaba ahí, medio deshidratada, y un tuareg de ojos increíbles venía a salvarme.

—¡Tú estás de atar, Edurne! ¡Sólo fue un sueño!

—Yo creo en las señales, Arantxa. —Defendí, rotunda—. Bueno, luego hablamos. Anda, haz pasar a la primera.

—A mandar, jefa.

## 2

Ningún episodio de mi trayectoria vital recuerdo con más cariño que la puesta de largo. Ni siquiera mi boda con Víctor, propia de las infantas. La fiesta que mi madre organizó en mi honor aquella noche superó con creces mis más ambiciosas expectativas.

Henchida de orgullo y con la emoción de saber que abajo, en el salón, todos me esperaban, le sonreí al espejo de mi dormitorio. La imagen que me devolvió era la de una hermosa doncella rubia. No de una belleza despampanante, sino de una belleza sutil, delicada, fina, virginal. La blanquísima piel relucía con la insolente tersura de la juventud. Las pupilas temblaban húmedas, brillantes, como recién salidas del mar, o del cielo, con ese angelical tono azul que pugnaba por dejar patente que aún quedaba mucha inocencia de niña dentro de aquel cuerpo de mujer. Mi madre me observaba en silencio. Me estudiaba de arriba abajo con avidez y no decía nada. Su mutismo me mataba. A duras penas lograba contener la ansiedad a la espera de su veredicto. La admiraba con tanta pasión que estaba convencida de que, por mucho que me esforzara, jamás podría competir con ella, pese a sus cuarenta y ocho años y a la supuesta ventaja de mis espléndidos recién cumplidos dieciocho.

Mamá parecía rejuvenecer con el transcurso del tiempo. Quien no la conociera, jamás podría sospechar que su vientre había gestado y parido a trece criaturas. Se llamaba Sofía y era perfecta. La veía como una diosa. La dama más guapa, altiva y elegante de

la interminable lista de fiestas a las que había asistido desde mi nacimiento, que no eran pocas, entre bodas, bautizos y comuniones de mis hermanos, hermanas, primas y primos. Esta vez, la protagonista indiscutible era yo. Y me sentía como la princesa de un maravilloso cuento de hadas.

—Estás realmente preciosa, hija —dictaminó al fin, conteniendo las lágrimas, dándose unos toques casi imperceptibles bajo los ojos, con un discreto pañuelo de seda. Cada una de esas palabras pronunciadas se grabó a fuego en mi mente y en mi corazón. Fue el mejor regalo de la noche: mi madre pendiente de mí, sólo de mí. No de Patxi y de mí; no de María Victoria y de mí; no de Marta, de Lucía y de mí... No. Esta vez no. Yo era el centro de su universo y nada ni nadie podía interponerse entre nosotras. Por más que lo intentaran.

El rostro difuminado de María Victoria hizo su aparición por una esquina del espejo. Radiante, espléndida... aunque no podía competir conmigo. Mamá había tenido en cuenta hasta el último detalle, supervisando personalmente los atuendos de sus hijas, incluso las casadas, empleando especial cuidado en que ninguna de mis hermanas —ni primas, ni cuñadas— me hiciera sombra. Lucían elegantes a la par que discretas. Mi vestido, por el contrario, era de un rojo intenso y llamativo, a juego con mis labios. La elección de ese color había provocado una infinita sucesión de discusiones entre mis padres. Él decía que el rojo incitaba al pecado. Y ella, diez años más joven, se las ingenió Dios sabe cómo para convencerle de que el pecado está en los ojos del que mira. Meses y meses de campaña a favor del rojo, haciéndole notar que era el color de sus manzanas preferidas, el color por excelencia de los adornos navideños, el color de las rosas más bellas de nuestro jardín...

A pesar de su aparente severidad, mi padre, si bien representaba a la perfección su papel de cabeza de familia, poseía una única debilidad: mamá. Sólo ante ella se doblegaba. Aunque jamás se prodigaban carantoñas en público, siempre supe que estaban enamorados, cada uno a su manera. Se percibía en sus miradas. Él la amaba con locura adolescente. Ella le quería con más cariño que pasión... pero le quería. Adaptaba a su antojo las cuestiones

relativas a cualquier tema familiar con sabiduría, haciendo creer a papá que era él quien tomaba las decisiones importantes y logrando que nadie cuestionara su autoridad.

—¡Mamá, por favor! ¡Mamá! —María Victoria, histérica, daba saltitos de alegría, a punto de gritar de emoción—. ¡Eduarne está genial..., o sea, absolutamente ideal! ¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte! —añadió con voz aguda y chillona.

María Victoria era justo un año menor que yo y nos llamaban «las gemelas» por nuestro increíble parecido físico y porque siempre íbamos juntas. En el número de orden de hijos yo era la octava. Es decir que tenía siete hermanos mayores y cinco menores. En general, resultaba divertido formar parte de una familia numerosa, pero también tenía sus inconvenientes, claro está. Para mí, el principal era la poca atención exclusiva que recibía de mamá. Aquella noche, sin embargo, era diferente. Fue mi gran noche. Apenas le presté atención a María Victoria, segura de que ella lo comprendería mejor que nadie.

—¡Chicas! ¡Ya están todos! El público reclama impaciente vuestra presencia indispensable y... ¡Dios mío, Eduarne, pareces un ángel! —José María, el primogénito, se coló en mi alcoba sin avisar. Se acercó a mí despacio, depositó un delicado beso en mi frente y me regaló una de sus increíbles sonrisas. A sus veintinueve años era un arquitecto brillante, casado, padre de dos hijos y el tercero en camino. Atractivo, elegante y educado. ¡Le adoraba! Era mi queridísimo e idolatrado hermano mayor.

—Hija, es la hora. Eres la estrella, no lo olvides. Nadie brilla más que tú. —Mamá salió del dormitorio arrastrando a su paso a una alelada María Victoria y a un pasmado José María.

—¡Quédate conmigo, mamá!

—Con una elegancia serena y la firme compostura de quien domina la situación, mi madre se giró hacia mí.

—No, Eduarne. Este es tu momento. Todos te admirarán, sentirás una enorme emoción aquí en el pecho, créeme, sé de qué hablo. Disfrútalo porque es un instante mágico que no se repetirá.

Cuánta razón tenía mamá. En esa y en otras muchas cuestiones. Traté de recordar cada uno de sus consejos acerca de la postura, el porte, la sonrisa... Y lo puse en práctica. Nada más salir del cuarto descubrí a la Juani, mi nana, ocultándose tras una esquina. Lloraba, agazapada. Sin mediar palabra me abalancé sobre ella y nos fundimos en un tierno abrazo. Aunque vistiera el uniforme de las celebraciones, despedía su habitual mezcla de olores a vainilla, a canela, a arroz con leche... Su aroma era inconfundible y reconfortante. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para que las lágrimas no arruinasen mi maquillaje, esa fue la primera lección que me enseñó mi madre: «Debes ser fuerte, ya llorarás en soledad, cuando nadie pueda verte». Contuve el llanto, como en tantas otras ocasiones. En mi mundo se aprende a guardar las apariencias a una edad muy temprana.

Descendí los escalones como en volandas. Me temblaban las piernas y tenía la sensación de que mis pies no tocaban el suelo. No cabía en mí de gozo. La emoción era tan intensa que no distinguía a los presentes. Era consciente de que una masa de personas me observaba y aplaudía con admiración, pero mi mente estaba envuelta en una nebulosa que la presionaba de tal manera que me impedía discernir con claridad. Un sueño hecho realidad.

Cuando aterricé en el salón principal de nuestra palaciega mansión, recuperé la compostura. Ya más relajada y sin borrar la ensayada sonrisa bajo ningún concepto, inicié mi ronda de saludos aquí y de agradecimientos allá. Todo era perfecto: la música, los regalos, el caviar... Apenas probé bocado, aunque sí paladeé dos sabores nuevos para mí: el del champán y el de la embriaguez que provoca el éxito. No sé cuánto tiempo transcurrió antes de reparar en la presencia de Víctor. Lo cierto es que cuando lo hice, él tenía su mirada penetrante clavada en mí, desde hacía un buen rato.

—Eduarne, bonita, quiero presentarte a Víctor, mi socio —anunció mi hermano mayor—, porque si no lo hago me va a volver loco... ¡Lo tienes deslumbrado!

Estreché su mano con timidez y nuestros respectivos ojos se cruzaron con admiración y sorpresa. Era atractivo, y no sólo eso. Resultaba harto difícil resistirse a su encanto y don de gentes. En vista de que nuestro apretón de manos no se acababa nunca, José María me miró a mí, le miró a él, volvió a mirarme a mí y de nuevo a él. Palmeó con cariño nuestras espaldas y se fue sin decir nada.

—Lo sabía, hija. Sabía que tenías vocación de casada, por mucho que negaras la evidencia. El celibato no es para todo el mundo —espetó Sofía, cuando se confirmó nuestro noviazgo. Dos años antes de conocer a Víctor, a mí se me metió en la cabeza que quería ingresar en un colegio mayor como numeraria. Cuando lo anuncié delante de mis padres la sorpresa y la alegría iluminó sus rostros. Celebraron mi decisión, me felicitaron una y otra vez e iniciaron con entusiasmo las gestiones pertinentes. Para una familia del Opus Dei, que un hijo se haga sacerdote o una hija numeraria es un gran motivo de satisfacción y regocijo. No obstante, antes de mi internamiento y haciendo gala de esa sabiduría que tanto honra su nombre, Sofía me dijo al oído algo que no comprendí: «Sé que este no es tu camino, hija mía, aun así me enorgullece que estés dispuesta a intentarlo. Debes descubrirlo por ti misma». Aunque su comentario me indujo a fruncir el ceño, tan contraria-da como molesta, no le repliqué. Dispuse de dos largos años para ir comprobando, día tras día, cuánta razón tenía mamá. Siempre me pregunté cómo lo hacía para saber con exactitud y sin asomo de duda qué le convenía a cada uno de sus trece hijos.

Convertirse en numeraria es algo así como meterse a monja, pero sin hábito. Las numerarias pretenden hacer creer que son chicas corrientes, sin embargo, sus vidas están sujetas a tantas prohibiciones que nada más lejos de la realidad. Visten «normal», en teoría, aunque sin escotes ni minifaldas. Tampoco pueden usar pantalón, ni fumar. Fue una época austera y gris en la que recé sin descanso. Más que en toda mi existencia anterior y posterior. Acudir al oratorio era lo primero que hacíamos por las mañanas, y lo último por las noches. Conocí, además, los misteriosos secretos de las tareas del

hogar, algo que ignoraba por completo. Cuando una chica de alta alcurnia, como yo, ingresa en uno de esos centros, se le intenta inculcar la humildad, el amor al prójimo, la generosidad, la santificación a través del trabajo y el sacrificio. Cualquier sufrimiento merece la pena si el premio es el paraíso.

Nos confesábamos a menudo y como habíamos hecho voto de castidad, se daba por sentado que no cometeríamos acto impuro alguno, ni de acción, ni de pensamiento. Aprendí a cocinar, a quitar el polvo, a pasar la aspiradora, a limpiar retretes y a planchar. Y resultó que era nula para todo tipo de actividad doméstica excepto una: planchar, que me gustaba y se me daba bien. Detestaba el resto de tareas, y en especial hacer los baños. ¡Qué asco por favor! ¿Cómo iba a querer Dios que me ganara el cielo con algo tan repugnante? ¡Lo odiaba con todas mis fuerzas! El Señor es justo, misericordioso... pero claro, odiar es pecado, o sea que cada vez que se me pasaba por la cabeza esa idea, tenía que confesarme. Además, empecé a pensar en el sexo, algo que hasta entonces no me había interesado demasiado. Mi experiencia en esa materia se reducía a unos cálidos escauceos púberes con mi primo Álvaro. Sin embargo, aquellas puritanas mujeres mencionaban tanto el sexo que se instaló en mi subconsciente y no logré expulsarlo de ningún modo. Que si el sexo es pecado. Que si el sexo es sucio. Que si el sexo se practica siempre dentro del matrimonio y con la única finalidad de tener hijos. Sexo..., sexo..., sexo. Ellas no usaban ese término sino «el acto». No obstante, todas sabíamos a qué se referían.

Entre unos asuntos y otros permanecía más horas en el confesionario que en mi propia habitación. De todas maneras, creo que fue lo de los baños lo que, definitivamente, me convenció de que no estaba hecha para esa vida. Bueno, eso y que me enamoré un pelín del sacerdote que me confesaba. No le veía la cara, pero escuchaba su voz, tan varonil, dulce y sensual... Noche tras noche sufría de unos espantosos e involuntarios sueños eróticos que me estaban arrastrando de una forma directa e irreversible a la guarida de Satanás, muy a mi pesar. Por muy apretado que me



pusiera el cilicio, clavado en la parte superior del muslo hasta sangrar; por más incómoda que fuese la dura tabla que usaba de colchón; por más helada que estuviera el agua de mi ducha matinal y por más que me rociara con agua bendita cada velada, antes de acostarme... soñaba con mi confesor. Cuanto más soñaba, más me confesaba y cuanto más me confesaba más soñaba. ¡Estaba atrapada en mi propia lujuria! Y como no soportaba la idea de acabar siendo pasto de las llamas del infierno, abandoné mi vocación religiosa un par de meses antes de cumplir los dieciocho.

—Te lo dije —me reprochó mamá, con una mirada severa. Ya se había acostumbrado a la idea de tener una hija numeraria y mi nuevo cambio de parecer la decepcionó. Dos días le duró el disgusto. El tiempo que requirió para comprender que lo que yo necesitaba era un novio. Y qué mejor ocasión que organizar una impresionante ceremonia de puesta de largo, invitando a todos los jóvenes casaderos, hijos de las más prestigiosas y adineradas familias de San Sebastián. Así conocí al joven y guapo arquitecto que se convertiría en mi marido... Y a Sofía el plan le salió redondo.

Víctor cayó rendido a mis pies en cuanto me vio con aquel maravilloso vestido palabra de honor. Y él a mí me pareció el hombre más atractivo que había conocido a lo largo y ancho de mi aún breve existencia. De hecho, fue la primera vez que me enamoré. Víctor tenía la misma edad que mi hermano José María y competían en brillantez. Sus innovadoras ideas gustaban a todo el mundo excepto al dinosaurio que tenía por padre, es decir, mi futuro suegro, que no perdía la oportunidad de pisotearle con su crítica mordaz, hundiéndole en la miseria. Mi hermano, en cambio, lo apoyaba incondicionalmente y sin amedrentarse ante nada ni nadie. Él es así. Y por eso le adoro. Resultó que Víctor y José María eran uña y carne. Quién iba a pensar que un día mi hermano le rompería el tabique nasal con el mismo ímpetu que años antes le defendía a capa y espada. Y es que la vida da tantas vueltas...

Víctor me sedujo con su personalidad arrolladora; con esa sonrisa perfecta que, al esbozarse, provocaba pequeños surcos en sus

mejillas; con sus bellos ojos color avellana... Y yo a él le conquisté con mi larga y lisa melena rubia, mi cuerpo de Barbie y mi inocencia. Nos casamos cinco años después de nuestro primer encuentro, cuando me faltaban dos para acabar Medicina. Deseábamos esperar hasta que yo acabara la carrera, pero no podíamos más. Él tenía treinta y cuatro. Yo, veintitrés. Iniciamos nuestra vida matrimonial en una bonita urbanización, a las afueras de San Sebastián, en una hermosa mansión que diseñó mi marido y financió mi suegro. Mis padres lo amueblaron y decoraron a mi gusto y antojo. Teníamos una chica para las tareas domésticas, pero de la ropa me ocupaba yo. Centrada en terminar mis estudios, los ratos que me tomaba de descanso los dedicaba a poner en marcha la lavadora, la secadora y la plancha. Es lo que heredé de mi época de numeraria. A Víctor le encantaba que su mujercita, personalmente, se encargara del cuidado de sus trajes, camisas y corbatas de diseño. Tanto para él como para mí era muy importante el aspecto exterior. Nuestra vida rozaba la perfección. Jóvenes, ricos, guapos..., y conscientes de la envidia ajena que levantábamos a nuestro alrededor.

Él pasaba la jornada entera en la empresa que regentaba junto a su padre y mi hermano, y yo en la facultad. Los sábados, Víctor desaparecía con sus colegas en el Club de Polo o en las pistas de tenis, mientras yo practicaba hípica con mis amigas y luego nos sumergíamos durante horas en dilatadas sesiones de sauna, masaje, jacuzzi, manicura, pedicura y peluquería... Ahora que lo pienso me doy cuenta de que, en realidad, Víctor y yo no estábamos muy unidos, pero a ojos de una inmensa mayoría resultábamos la pareja perfecta. Y eso es lo que cuenta en un mundo de apariencias. Los sábados por la noche sí que salíamos juntos, con un numeroso grupo de amigos, eso sí. Solíamos acudir a discotecas de élite o salas VIP, aunque también organizábamos magníficas fiestas en nuestro jardín. Una vida cómoda, fácil, llena de lujos y superficialidades. Los domingos por la mañana a la iglesia con nuestras respectivas familias y después a comer en casa de sus padres o de los míos. En verano, nos pasábamos el día entero chapoteando en la piscina con los vástagos más pequeños del clan o saboreando algún zumo tropical, tumbados al sol.

Al terminar la carrera me concentré a conciencia en el MIR y obtuve unos resultados excelentes. Siempre fui una empollona empedernida y ahí no tuvo nada que ver el hecho de ser una niña de papá, que lo era, es cierto, pero en la cuestión estudiantil poseía capacidad suficiente para salir airosa y por mérito propio, sin ninguna dificultad ni ayudita externa. Así es que me especialicé en Ginecología y mi padre me montó una preciosa clínica en la que empecé a ejercer con gran entusiasmo.

### 3

—Ya puedes pasar, Cristina. —Desde mi despacho oí la orden que la enfermera, con su habitual tono maternal, le daba a la última paciente que quedaba en la sala de espera. Enfundada en mi impoluta bata blanca, dejé escapar un hondo suspiro. Había sido una de las tardes más agotadoras de las últimas semanas y en unas dos horas, a lo sumo, debía estar en el aeropuerto facturando el equipaje que reposaba a escasos metros de mí, expectante.

—Adelante, Cristina, siéntate, no tengas miedo —comenté al verla atravesar el umbral con timidez. De inmediato, mi semblante se transformó en un gesto amable. Me sorprendió la extremada juventud de la chica. Arantxa cerró la puerta con suavidad y nos dejó a solas en la intimidad. Esa era la oportunidad que ella aprovechaba para ir a la consulta de al lado, retirar los utensilios usados, preparar otros esterilizados y dejar todo a punto para la siguiente exploración—. Es tu primera revisión, ¿verdad?

—Sí, la primera —respondió la chiquilla con un hilillo de voz casi imperceptible.

—Relájate, mujer, no pasa nada. No muerdo. ¿Cómo es que no te ha acompañado tu madre? —interrogué, en tono condescendiente. La palidez de la muchacha se intensificaba por momentos, a juego con las blancas paredes de mi despacho. Era delgada, no muy alta, el cabello liso y castaño, la mirada lánguida, la sonrisa inexistente. Una sencilla diadema impedía que el pelo se le cayese sobre la cara. Vestía falda escocesa y un jersey verde de cuyo

cuello en pico asomaba una blusa blanca. Me miraba como un cachorro perdido que anhela ser adoptado. Y deduje que algo iba mal, muy mal. De repente, inclinó la cabeza hacia delante y hundió el rostro entre sus manos, echándose a llorar con desespero. Se me partió el alma. Retrocedí unos treinta años en el tiempo y recordé con qué intensidad se vive cualquier experiencia, buena o mala, durante la adolescencia. Me incorporé, extraje una caja de pañuelos de papel del primer cajón y salí de detrás de mi escritorio para sentarme a su lado. No me atrevía a tocarla, sólo puse la mano sobre su hombro para transmitirle calidez—. Tranquila, Cristina, tranquila. Cualquier cosa tiene arreglo en esta vida, te lo aseguro —afirmé con absoluta convicción—. Pero llora cuanto quieras. Desahógate. Suéltalo todo.

—Mi padre me va a matar —balbuceó entre sollozos—. Creo que... creo que estoy embarazada —sentenció y estalló de nuevo en un incontrolable llanto. Un torrente interminable de lágrimas anegaba sus blanquecinas mejillas. Agarró un pañuelo y se sonó la nariz ruidosamente. Luego cogió otro, y otro más... Esperé con paciencia a que se calmara, mirando de reojo el reloj.

—Puedo ayudarte, Cristina. Debes ser muy discreta con este asunto, ¿entiendes?

—Sí —afirmó entre hipidos.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

—Lo suponía... prácticamente una niña —alegué, exhalando otro profundo suspiro—. ¿Te has hecho algún test de embarazo? —interrogué con una mirada inquisidora que la indujo de nuevo a bajar los ojos, girando la cabeza a un lado y a otro, a modo de respuesta—. ¿Entonces por qué crees que estás en estado?

—Soy como un reloj, cada veintiocho días exactos me viene la regla. Y ahora tengo un retraso de una semana.

—¿Se lo has dicho a tu novio?

—Bueno... Borja y yo no somos novios, sólo tonteamos a veces... ya sabes.

Por un instante fugaz, mi mente viajó al pasado y recuperó a una Edurne de catorce años, vestida con un uniforme casi idéntico al de Cristina. Una tarde, al salir de clase, corrí hasta casa porque necesitaba orinar con urgencia. Rauda como una flecha me colé en el baño de la habitación de invitados que me quedaba más cerca, cerré la puerta y el pestillo, y sólo cuando estaba sentada en la taza del inodoro con las bragas en los tobillos me percaté de una presencia en el interior de la bañera. Mi primo Álvaro, de dieciocho años, que estaba pasando una temporada con nosotros, se acababa de dar una ducha. Salió tan tranquilo, mojado y desnudo. Y en lugar de apresurarse a coger una toalla para cubrir sus partes pudendas, me pareció que disfrutaba exhibiéndose ante mí. Me quedé tan paralizada que se me cortó el chorro. Tampoco me levanté ni salí corriendo. Permanecí varios minutos embobada, con las piernas abiertas y la mirada clavada en sus genitales. Jamás había visto un hombre desnudo. Era bello, muy bello. Alto, fuerte, de vientre plano y liso, pectorales pronunciados. «Hola, prima, no imaginaba que fueras tan guarrilla, –murmuró empezando a tocar su pene–. ¿Te gusta esto? –añadió–. Es mágico... Si lo tocas, crece». Y, en efecto, creció... y creció. Me quedé muda. Sentí que mi vulva palpitaba tanto como mi corazón. La sensación era tan intensa que, de forma instintiva, me llevé una mano a la entrepierna. Me topé con esa especie de pene diminuto que ya había interceptado alguna vez, intentando averiguar su función, y noté que estaba muy hinchado. Estalló casi al instante. Ahogué un gemido mientras experimentaba algo tan placentero y efímero que me dejó fascinada. Mi primo se corrió casi al mismo tiempo. Maravillada, observé cómo de su miembro, que él frotaba compulsivamente con su mano derecha, salía una sustancia blanquecina y pegajosa que dejó caer sobre la palma de su mano izquierda.

Después de aquello, mi primo me perseguía día sí, día también, conduciéndome a rincones oscuros y ocultos. La casa de mis padres era enorme y no teníamos problemas en desaparecer. Jamás nos pillaron. Aquello sí que era tontear. Nos besábamos con pasión, nos tocábamos. Explorábamos nuestros respectivos cuerpos con la golosa avidez de un niño ante una bolsa de caramelos. Sin

penetración. Mi virginidad se mantuvo intacta, a pesar de todo. Ese sí era un buen método anticonceptivo. Nunca fallaba, pensé, regresando a mi realidad actual, mirando a los ojos a la chiquilla llorosa que tenía delante.

—Pues para ese tipo de tonteos hay que ponerse preservativo, deberías saberlo —afirmé en tono acusador—. Perdona. —Me arrepentí—. Yo no soy quién para regañarte. Bastante tienes con lo que tienes. ¿Borja sabe lo de tu retraso?

—No. Sólo lo sabe usted.

—Está bien. Primero te abriré historial y después pasaremos a la sala de exploración para hacerte una ecografía y comprobar si estás en lo cierto. ¿De acuerdo, Cristina? —añadí.

—Yo... yo pensaba que la primera vez no pasaba nada... ¡Sólo lo hemos hecho una vez! —Se justificó la joven.

La maldita represión sexual, como siempre. Las cosas no habían cambiado tanto como deberían. Los jóvenes tenían fácil acceso a todo tipo de información, pero sin la base adecuada acababan haciéndose un lío. Las pelis porno que a escondidas visualizaban era la educación sexual que recibía la mayoría. Tomé nota de sus datos y la acompañé a la sala. Con un simple intercambio de miradas, Arantxa comprendió que se trataba de un caso delicado y que preferiría atender sola a la chica.

Mientras me ajustaba los guantes de látex, le pedí que se desnudara por completo detrás del biombo y se pusiera una bata abierta por delante. Me daba perfecta cuenta de lo asustada que estaba. No tanto por lo que yo pudiera hacerle, sino por lo que sucedería si se enteraban sus padres. Saltaba a la vista que procedía de una familia bien. No le hice preguntas al respecto, pero su uniforme y actitud la delataban. No sé lo que hubiera hecho yo en su caso. Prefiero no pensarlo. Con suma delicadeza la insté a tumbarse sobre la camilla con las piernas abiertas, cada una apoyada en sendos soportes, e introduje en su vagina el émbolo que indicaría en la pantalla del ecógrafo si había embrión o no. Allí estaba, inconfundible. Una

diminuta alubia de apenas cinco semanas de vida. Se lo mostré y rompió de nuevo a llorar. Examiné sus pechos y sus axilas en busca de bultos sospechosos. No encontré nada. Sana como una manzana, a punto de madurar. Le ordené que se vistiera y ella obedeció, sin cesar en su llanto. Cruzada de brazos, me quedé unos instantes observando los horribles mocasines, idénticos a los que usaba yo a su edad, y los calcetines de color verde, a juego con el jersey, tan opuestos a lo que llamaríamos *sexy*. Y pensar que a mí también me criaron así... Sentí mucha pena por ella y me dije a mí misma que tenía que ayudarla, pese a lo delicado de mi situación, porque se trataba de una menor y aun así no tenía la más mínima intención de contactar con sus padres. Eso lo tenía claro.

—Estás de muy poco. Podemos proceder a la interrupción del embarazo cuando quieras. Es una intervención muy sencilla y apenas te dolerá. Saldrás de aquí por tu propio pie al cabo de una hora o menos —le dije en cuanto volvimos a estar sentadas en mi despacho.

—¡Pero abortar es pecado! ¡Es matar a una criatura!

—Mira, Cristina, por esa regla de tres las relaciones sexuales fuera del matrimonio también lo son. —Solté, con cierto retintín. El rubor de la muchacha se extendió hasta las orejas—. Sé muy bien a qué te enfrentas. Te han criado entre algodones y jamás has decidido nada por ti misma. Muchos de mis colegas estarían ahora mismo avisando a tus padres, lo sabes de sobra.

—¡No! ¡A mis padres no, por favor!

—Está bien, está bien, no voy a hacerlo —afirmé, consultando con disimulo la hora... por enésima vez. Si no se me ocurría algo de inmediato perdería el avión—. Vamos a hacer una cosa, Cristina. Hoy estás demasiado afectada para tomar cualquier determinación. Y no quiero que te sientas presionada. Piénsatelo, aún es pronto. Podemos volver a vernos dentro de quince días y, si estás convencida, procedemos a la interrupción. Estarás de siete semanas, nadie habrá notado nada. ¿Cómo lo ves?

Dudó unos instantes que a mí se me hicieron eternos. Le cogí las manos y la miré a los ojos, tratando de infundirle serenidad.



Sus pupilas se desplazaban nerviosas de un punto a otro de la mesa, del suelo...

—Vale —contestó al fin.

—Entonces nos vemos en dos semanas a la misma hora, ¿de acuerdo? Tienes que ser valiente.

—¿Puedo hacer vida normal?

—Claro que sí.

Me incorporé y la acompañé hasta la puerta.

—Yo no..., no he traído dinero.

—Tranquila, ya me pagarás otro día.

Entonces la chiquilla se abalanzó sobre mi cuello y me abrazó con fuerza.

—Gracias por todo, doctora...

—Puedes llamarme Edurne.

—¡Gracias Edurne! —gritó la joven corriendo escaleras abajo. Al girarme, allí estaba Arantxa, mi ángel de la guarda. Tenía en las manos mi bolso, la chaqueta y la maleta. Me quitó la bata a toda prisa y se la entregué a cambio de lo demás. La miré sin palabras, con una especie de súplica teñida de agradecimiento infinito.

—Sí, sí, lo sé. No hace falta que digas nada. Me quieres y no sabes qué harías sin mí. Anda, corre a disfrutar de tus vacaciones. Tienes un taxi en la puerta esperándote. ¡Ya me contarás!

Salí disparada como alma que lleva el diablo y embarqué la última, pero embarqué. ¡Ah, libre al fin! Rumbo a lo desconocido, a la aventura, al placer... Destino: Marrakech.

## 4

Me educaron para dar a luz a todos los hijos que Dios me enviara... pero no me envió ni uno siquiera. Y debo confesar que para mí fue un gran alivio. Mi instinto maternal fue siempre nulo, inexistente. Víctor jamás lo supo. Él sí deseaba ser padre y me animó a hacerme las pruebas pertinentes para comprobar por qué motivo no me quedaba embarazada. Las superé una por una y con éxito. Era fértil y sana. Mis magníficos ovarios fabricaban estupendos óvulos que, mes a mes, esperaban su turno para ser fecundados y, al no suceder el milagro de la vida, se suicidaban arrojándose al vacío a través de mi flujo menstrual. Así de simple, así de complicado. Le comuniqué a Víctor con gran pesar que era estéril. Me abrazó, me consoló... Expresó su intención de seguir queriéndome contra viento y marea. Eso sí: él no se sometió a examen alguno y el asunto quedó zanjado. Le mentí. Y los remordimientos de conciencia me persiguieron hasta el día en que descubrí... lo que descubrí.

Nuestra vida sexual se sostenía sobre un terreno tan angosto y resbaladizo que no había por dónde cogerla. Me casé virgen y, pese a la recatada educación recibida, imaginaba que, de la mano de mi marido, penetraría en ese paraíso de gozo y misterio que ya ensayé con mi primo Álvaro. Por muy inculcada que tuviera la idea de que la cópula entre un hombre y una mujer era sólo un medio para procrear, no podía evitar pensar a quién le iba a importar lo que hiciera yo o dejara de hacer con mi esposo en la

intimidad de nuestro lecho marital. Sin embargo, Víctor y yo nunca hablábamos de esas cosas. Antes del matrimonio, nos besábamos a escondidas en las pocas ocasiones en que lográbamos quedarnos a solas y sin vigilancia. Eran besos furtivos, teñidos de deseo y de culpa, que me dejaban una deliciosa sensación anticipatoria de las maravillas que me esperaban. Mi cuerpo respondía a esos besos con una entrega plena. Me quedaba como en éxtasis soñando e idealizando lo que estaba por venir. Llegué a la noche de bodas con una ilusión desmedida. La impaciencia me corroía. Nada me hizo sospechar la decepción que me esperaba. Me metí en la cama con suma timidez, cubierta por un largo camisón blanco de seda. La humedad que en días anteriores inundara mi sexo a merced de unos efímeros besos, desapareció. Tiesa como una estaca, me quedé tumbada, esperando. Él se coló entre las sábanas con idéntico recato, tapado de arriba abajo con su pudoroso pijama de franela. Me besó frugalmente y empezó a jadear como un perro. Yo no sabía qué hacer, ni qué decir. Callada como una muerta y con el cuerpo en tensión permanecí inmóvil y expectante. Me arremangó el camisón y, aunque teníamos la luz apagada, alcancé a vislumbrar un pene erecto emergiendo de entre las rayas de su pijama justo antes de apretar con fuerza mis párpados.

—¡No llevas nada debajo! —gritó. Avergonzada, abrí los ojos y me re Coloqué el camisón, al tiempo que mi marido escondía su miembro, protegiéndolo como oro en paño. Encendió la lámpara de su mesita de noche y me miró con dureza.

—Sólo intentaba facilitar las cosas —titubeé, ruborizada.

—¿Con qué clase de mujer me he casado? —espetó, con las pupilas tan dilatadas que me asustó.

—Perdóname, Víctor, yo...

Rompí a llorar, sin comprender nada.

—No, no, perdóname tú a mí —añadió abrazándome, suavizando el tono de voz—. Pero cómo he podido dudar de ti... tú sólo querías cumplir con el deber conyugal... como una buena esposa.

Mis anhelos y deseos se evaporaron en ese preciso instante. Víctor demostró ser un auténtico mojigato, de lo más egoísta.

Apagó de nuevo la luz, se echó sobre mí y me penetró. Ahogué un grito en mi garganta, pero no de placer, sino de espanto. Un agudo dolor me arrebató la inocencia para siempre, desgarrándome la carne. Él gimió como un cachorro, primero, y bramó como un toro, después, vaciándose en mi interior. Luego se dio la vuelta y empezó a roncar, mientras las lágrimas bañaban mis mejillas y una mezcla de sangre y semen fluía de entre mis piernas, aún abiertas.

Poco a poco y noche tras noche me fui acostumbrando a algo que nada tenía que ver con lo que había soñado. Desapareció el dolor, pero no la desilusión. Los asaltos diarios pasaron a ser semanales. Siempre la misma rutina: sábado noche, postura misionero. Nunca lo comenté con nadie y me resigné a aceptar que esa era mi realidad y que así lo había designado Dios. Nadie podría acusarme de no ser una buena esposa. Nunca me negué a consumir el acto. De hecho, deseaba a Víctor. Cuando él llegaba tarde a casa por motivos de trabajo, me hacía la dormida para verle desnudarse en la penumbra. Observarle mientras se quitaba la ropa y se ponía el pijama me excitaba, pero a sabiendas de que prefería una esposa tan virtuosa como sumisa, jamás tomaba la iniciativa en el terreno íntimo. Cuando mi marido me tomaba, yo me entregaba. Y si me sorprendía la libido, así, de repente, esperaba a que se durmiera y mis dedos exploraban esos recovecos de mi anatomía que Víctor ignoraba. De ese modo, recuperé los maravillosos orgasmos que en su día experimenté con Álvaro. Pese a todo... lo amaba. Mis amigas palidecían de envidia cuando me oían hablar de él. Lo adoraba con esa devoción que sólo se siente hacia las personas que idolatramos. Nuestros encuentros sexuales se espaciaron a medida que transcurría el tiempo y no me quedaba embarazada. De una vez a la semana pasamos a una vez al mes y yo me engañaba, convencíendome de que era lo normal. Aun así me consideraba una esposa enamorada y una mujer afortunada. Era feliz, a mi manera.

Como un soplo, y sin apenas darme cuenta, pasaron quince años, cinco de noviazgo y diez de matrimonio. A mí en la clínica me iba muy bien y la empresa de Víctor y José María no hacía más que

subir como la espuma, creciendo sus ingresos y aumentando su plantilla. Por aquellos días, la más brillante adquisición que llevaron a cabo se llamaba Ainhoa. Era joven, guapa, liberal y la más eficiente de las secretarías jamás contratadas. Sin embargo, nunca la percibí como a una rival. En primer lugar porque confiaba ciegamente en mi marido, y en segundo lugar porque él le doblaba la edad.

Víctor y yo no solíamos ir a comer a casa entre semana. Una mañana, mientras atendía a una de mis pacientes, me mareé. Tuve que interrumpir las visitas durante un rato y echarme en la camilla. Me sentía muy rara. Arantxa me obligó a descansar. «A ver si vas a estar embarazada –comentó con picardía, al verme tumbada–. ¿Después de tantos años...? ¡Si mi marido es un picha floja!», afirmé con ironía; sólo con ella me atrevía a hablar así. «Vete a casa, Edurne, –insistió–, no seas tozuda, estás blanca como la pared, anularé las citas que no pueda atender Asier». Le hice caso. Y aquel día mi vida cambió para siempre.

Nada más poner los pies en nuestra lujosa propiedad, a una hora en que solía estar vacía, me sorprendió ver el coche de Víctor aparcado. Pensé que habría olvidado unos planos o vete tú a saber qué. Entré sigilosa y empecé a subir las escaleras despacio, sujetándome a la barandilla. La cabeza me daba vueltas y tenía náuseas. Temí marearme de nuevo, antes de alcanzar la cama. Entonces me pareció oír voces y risas. El corazón brincó con tanta violencia, acelerando su ritmo, que temí que saliera disparado de mi pecho. No entiendo cómo fui capaz de permanecer ahí plantada y en silencio, en la puerta de mi habitación, contemplando semejante escena: Ainhoa estaba de espaldas, de pie, pero inclinada hacia delante, ofreciendo su trasero, las manos apoyadas contra la pared. Las únicas prendas que vestía y calzaba eran un bonito sujetador rojo y unos zapatos de tacón de aguja del mismo color. Mi adorado esposo estaba arrodillado detrás de ella con la cara hundida entre sus nalgas, lamiendo con gula todo aquello con lo que su lengua tropezaba. Gemía cual cachorro hambriento. Ella chillaba,

retorciéndose de placer. Víctor se incorporó, desabrochándose el cinturón con impaciencia.

—¡No pares ahora! —exigió Ainhoa.

—Tú lo que quieres es que te la clave... ¡zorra! —impuso él. Pantalón y calzoncillos cayeron a la altura de sus tobillos, y los glúteos de mi esposo, ya no tan prietos como antaño, quedaron al descubierto ante mis propios ojos, mientras la penetraba.

—¡Sí, sí, sí! —gritaba la hembra en celo... y el macho farfullaba más palabras soeces con cada nueva embestida.

Las paredes de mi estómago se contrajeron con violentas sacudidas, a la primera arcada. A la segunda, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar. Ellos estaban tan absortos en lo suyo que no advirtieron mi presencia ni siquiera cuando mi bolso cayó al suelo. Con la boca tapada y el cuerpo descompuesto bajé las escaleras de la que ya no volvería a ser mi casa jamás. No sé ni cómo logré llegar hasta el coche y tengo importantes lagunas de lo que ocurrió a continuación. Por lo visto conduje hasta la clínica y me desmayé nada más llegar. Lo siguiente que recuerdo es que me desperté en una cama y las dos personas que hallé a mi lado, al abrir los ojos, eran las únicas a las que deseaba ver: mi enfermera y amiga Arantxa, y mi compañero y colega Asier.

Las imágenes presenciadas unas horas antes regresaron a mi mente como diapositivas. Me vine abajo. Las lágrimas brotaban a borbotones, imposible contenerlas. Arantxa se sentó a mi lado y me abrazó. Yo no lograba discurrir con claridad, y era incapaz de articular palabra.

—Sospechamos lo que ha ocurrido, Eurne, murmurabas en sueños —afirmó Asier, con suma dulzura.

—Ese cabrón te está poniendo los cuernos, ¿verdad? —añadió Arantxa, con bastante menos delicadeza—. Sé que estás destrozada, pero ese hombre no merece ni una sola de estas lágrimas, chiquilla —sentenció, volviéndome a abrazar. Sus cálidas carnes, blandas y abundantes, me proporcionaban un consuelo similar al de la nana Juani durante mi niñez.

Se quebró mi mundo... en mil pedazos. Desde ese momento mi existencia se convirtió en una triste sucesión de acontecimientos por los que jamás imaginé que pasaría. Abandoné a Víctor y era tanta la vergüenza ajena que sentía por lo que él había hecho que no le conté a nadie los motivos de mi decisión. Se armó un gran revuelo en mi familia. Sólo fui capaz de confesárselo a mamá, anhelando su apoyo y comprensión.

—El hombre es así. Su naturaleza es débil. Esa mala mujer lo ha embaucado y él se ha sometido a su voluntad como un corderito. El varón es más propenso a ceder ante las tentaciones de la carne. ¿Qué esperabas? ¿Fidelidad eterna? Ay, qué inocente eres, hija. Dios Todopoderoso es el único que nunca te fallará. ¿No estarás pensando en serio en tirar por la borda tu matrimonio por esa tontería...?

—Mamá, los vi con mis propios ojos, estaban fornicando como animales. ¡En nuestro dormitorio conyugal!

—Es tu marido, Edurne. Te uniste a él ante Dios para amarle y respetarle en lo bueno y en lo malo hasta que la muerte os separe.

—Es él quien está viviendo en pecado, ¡no yo! ¿Lo entiendes, mamá? ¡Yo tengo dignidad! Y no estoy dispuesta a tolerar semejante falta de respeto, ni por parte de él ni por parte de nadie —grité. Llena de furia, cogí mi chaqueta y mi bolso y salí por piernas de la mansión de mis padres, dando un portazo. Esa tampoco era ya mi casa.

Y se siguió quebrando mi mundo en un millón de pedacitos tan diminutos que hubiera sido imposible volverlos a pegar. Víctor, el católico más devoto que había conocido en mi vida, liado con esa fulana. Mi madre, la mujer a la que más admiraba, animándome a hacer la vista gorda. Se me rompieron los esquemas, desde el primero hasta el último. Muchas de las personas en las que siempre había confiado me animaron a perdonar a Víctor. ¡Incluso mis propias hermanas!

De mi familia entera, el único que me apoyó incondicionalmente fue José María que, de hecho, se sintió también traicionado a nivel personal, tanto porque se trataba de su mejor amigo, como por el hecho de haber sido él quien nos presentó en su día. Además, era

su socio de confianza, su fiel colega. El rostro de mi hermano enrojeció de súbito cuando yo, balbuceando y muerta de vergüenza, le confesé lo sucedido.

—¿Qué? ¿Con Ainhoa? ¿En tu propia casa? ¡Qué hijo de puta! —Jamás le había oído decir tacos, ni le había visto perder la compostura. Íbamos en su coche y aceleró hasta tal punto que temí que tuviéramos un accidente.

—José María, por favor... ¡cálmate!

Se detuvo delante de la empresa que ambos habían levantado con tanto esfuerzo. Y descendió del vehículo con una determinación pasmosa.

—Lo mato... ¡yo es que lo mato! —mascullaba, mientras yo corría tras él intentando, inútilmente, darle alcance.

—¿Qué vas a hacer? ¡Me estás asustando! No subas, te lo suplico...

Abrió la puerta del despacho con tanto brío que la incrustó en la pared. A Ainhoa se le cayó la carpeta que sujetaba en las manos y las hojas volaron por los aires. Víctor palideció y, antes de que nadie tuviese tiempo de reaccionar, mi hermano cerró el puño derecho, lo echó hacia atrás y lo estampó contra la cara del otro con todas sus fuerzas. Mi marido trastabilló y aterrizó en el suelo, de espaldas, sangrando por la nariz. José María aún tuvo el coraje suficiente para agacharse y cogerlo por las solapas, en actitud amenazante.

—¡No vuelvas a acercarte a mi niña! ¿Me oyes? Desaparece de mi vista ahora mismo... ¡Piérdete!

Creo que nunca me he sentido tan protegida y defendida como aquel día. Admiré como nunca a mi querido hermano mayor, y a pesar de que me abrió las puertas de su casa y de su corazón de par en par preferí aceptar la amable y desinteresada invitación de Arantxa, que no sólo era una buena amiga, también se comportaba a veces como una madre. Fue la etapa más oscura de mi vida y no la hubiera soportado sin su ayuda.

Durante el día, me movía asesorada por los mejores abogados, arreglando papeles, buscando apartamento, resolviendo mi situación.



Las noches eran lo peor. Me las pasaba en vela, llorando sin cesar. Arantxa procuraba no interferir en mi inevitable proceso de duelo. Aun así, algunas veladas se acercaba a mi cama y, sin pronunciar palabra, me envolvía con sus brazos como si fuese una niña hasta que me calmaba y, exhausta, caía en un profundo sueño. Tardé un par de meses en reincorporarme al trabajo. Me sentía apartada de todo aquello en lo que siempre creí. Marginada, discriminada. Víctor no se inmutó cuando le solicité el divorcio. No trató de justificarse ni de pedir perdón. Firmó sin rechistar. No demostró el más mínimo interés en conservar a su lado a la que había sido su fiel compañera durante quince años. Su indiferencia me dejó pasmada.

Tres semanas después de pillar a mi marido in fraganti, una prueba de orina confirmó lo que ya sospechaba. Con los ojos secos, incapaz de verter ni una sola lágrima más, tomé una firme determinación.

—Estoy embarazada —le dije a Asier con una frialdad que calaba hasta los huesos—. A partir de ahora practicaremos abortos en esta clínica. Yo seré la primera en someterme a uno —agregué. Él se estaba tomando un café y casi se atraganta.

—Eduarne, qué..., qué estás diciendo. Eso va en contra de tus más profundas convicciones. ¡Un hijo es un regalo de Dios!

—Jamás quise ser madre y ahora menos que nunca. Ya no creo en nada, Asier. Mi familia me ha dado la espalda. Tengo la impresión de que incluso Dios me ha abandonado. He sido una buena cristiana y ya ves de qué me ha servido.

—No hables así, te lo suplico. Tú sabes lo que siento por ti, puedo ayudarte a criarlo, lo querré como si fuera mío. ¡Podríamos casarnos! Eduarne, yo..., yo no sé qué más decir.

—Pues no digas nada, Asier. No digas nada. Si de verdad quieres ayudarme arráncame a este hijo de Satanás de las entrañas.

Asier me abrazó con fuerza. No le correspondí. Permanecí inmóvil como un bloque de hielo. Me mantuve fría y firme pese a su calidez, pese a su temblor. Él sollozó como un niño.

—Haría cualquier cosa por ti —añadió. Y supe que estaba dispuesto—. Cualquier cosa que me pidieras, ¿me oyes? Te quiero, Edurne. Te quiero.

La interrupción del embarazo fue una experiencia funesta, sumamente desagradable.

—¿Te odio, Víctor! ¿Te odio! —Fue lo único que salió de mis labios para atenuar ese dolor que ninguna anestesia calma. Él anhelaba ser padre; yo no deseaba ser madre. Esa fue mi pequeña gran venganza. Arantxa empujaba sobre mi vientre con todas sus fuerzas mientras Asier hurgaba en mi interior. Era la primera vez que me abría de piernas delante de él... pero no sería la última. Las potentes luces del quirófano me cegaban y mi cabeza daba vueltas y más vueltas en una vorágine de negatividad de la que no sabía cómo escapar.

—He terminado —sentenció Asier, con una tristeza infinita en su voz entrecortada. Se levantó y salió de la sala, sin atreverse a mirarme.

Al cabo de unos segundos, Arantxa me ayudó a incorporarme.

—¿Ha cumplido con lo pactado? —le pregunté.

—Sí, Edurne. Ya no estás preñada, ni podrás volver a estarlo. Despacio, no vayas a marearte —ordenó, cogiéndome del brazo—. Ahora te meterás en la cama y descansarás el tiempo necesario, ¿de acuerdo? Y sin rechistar —añadió, con tanta dulzura como firmeza—. Has sido muy valiente.

Transcurrieron los días, las semanas, los meses... y las heridas fueron cicatrizando, tanto las del cuerpo, como las del alma. Me compré un bonito apartamento y, en un desesperado intento de paliar mi soledad, me lié con Asier. Estaba enamorado de mí desde hacía un lustro y, aunque sabía que yo no le correspondía, se aferraba a la esperanza de que aprendiese a quererle. Víctor desapareció de mi vida para siempre. Vendió la casa y se esfumó con Ainhoa. Tardé años en olvidarle. Dejé atrás la inocencia, me distancié de mi familia, puse en entredicho todas las creencias que me echaron encima al nacer. Me convertí en una Edurne cínica, fría, superficial... y difícil de engañar. Por eso cuando, todavía hoy, el espectro del pasado clava sus garras en mi carne y amenaza con devorarme...

le planto cara. Cojo a la memoria por los cuernos, la miro a los ojos y la reconduzco a aquella noche mágica y maravillosa, la de mi puesta de largo. Cierro los párpados y veo a la niña que fui dando la bienvenida a la mujer que soy. Contemplo a una Edurne pura, virgen, de mirada celeste y pupilas brillantes, sonriéndole al espejo de su cuarto de soltera. Y el espejo, fiel, le devuelve la imagen de una cándida princesa vestida de rojo, con los labios de carmín, la piel de seda y el cabello de manzanilla.